

Enrique Espinoza

## Soriano el botero

**A**QUEL año resolvimos volvernos de Chile por el sur. Yo había llegado a Santiago el año anterior por la última combinación del Transandino, precisamente la víspera de la inundación que lo interrumpió. Después me fuí con que ahora es mi mujer y volvimos por el mismo camino de Mendoza. Para no insistir en una sola ruta decidimos, pues, buscar otra y nos llegamos hasta Pucón. A lo mejor, era posible atravesar la cordillera por el paso más corto, frente a Junín de los Andes. No lo intentamos siquiera a causa del calor y nos quedamos unos días en Pucón.

Este pueblo, famoso por la belleza de su paisaje tanto como por el tamaño de los salmones de sus ríos, está situado como es sabido, en el extremo oriental del lago Villarrica, cerca del volcán del mismo nombre. Durante algunas horas del día puede verse a este ras-cacielo autóctono completamente despejado y, en verano, por lo menos, con las huellas de los excursionistas (o de

sus patines) alrededor de la cumbre, eternamente cubierta de nieve.

Llegando a Pucón de mañana por la carretera que bordea el inmenso lago, sólo se tiene, sin embargo, la impresión de un pueblo fabril cualquiera.

Las maderas apiladas en las orillas y en las balsas; los embarcaderos con su cortina de mosquitos; el ir y venir de los cargadores descalzos; el ruido de las sierras mecánicas; y, sobre todo, las chozas miserables improvisadas junto a los árboles, con mujeres desgredadas, preparando la comida afuera y guaguas llorando adentro; contradice completamente la idea de prosperidad que sugiere el nombre del lago o del volcán. Hasta el mismo cielo aparece a grandes trechos echado a perder por el humo de las fogatas.

Una larga calle polvorienta cruzada de carretas arrastradas por bueyes inaugura o pone fin al pueblo, cuyo cementerio se ve ahí arriba sobre el cerro más cercano, detrás del cuartel de carabineros.

A la vuelta está el correo, la farmacia, la tienda, el almacén. Por esta calle, que se cierra con una alta hilera de álamos, se va a la playa. Nosotros tardamos, desgraciadamente, en averiguarlo. Anduvimos, al atardecer, dando vueltas inútiles por entre los boldos, junto a los embarcaderos llenos de rollos de alambre y sacos de cemento para el hotel fiscal que estaba entonces en construcción.

Al fin, siguiendo tras la carreta de un viejo campesino de ancha narizota y grandes barbas, muy parecido

nasta en su apostura a Tolstoi, descubrimos la playa. Era la verdadera cara de Pucón que ya no habríamos de confundir con la parte posterior.

El paisaje es aquí realmente soberbio. A los pies del nuevo hotel, a todo lo largo de la desierta playa de arena negra el lago se extiende ancho como un mar.

A un lado una península rocosa cubierta de vegetación y llena de pájaros se adelanta en el lago como una escollera larguísima. Al otro, la serranía cultivada en varios planos muestra en sus faldas un par de casitas de techo rojo que a la distancia parecen de juguete, y más allá, lejos, casi en el límite argentino, se ve el Llanín todo blanco, brillando a los últimos resplandores del sol como el ojo de un cíclope...

Ninguna embarcación en el lago a esta hora; pero sí en la orilla una serie de botes encajados en la arena y tres o cuatro boteros aguardando turistas en la playa.

Nos acercamos al más joven—un muchacho de cara maciza y pelo hirsuto—que está leyendo una revista a la postrera luz del día.

—¿Puede llevarnos—le preguntamos—hasta el Hotel Acevedo?

Sin mostrar sorpresa por la tardía pareja que ha hecho el camino del hotel por tierra para hacerse llevar por agua, ni por la elección de que es objeto él, el único botero que no nos ha ofrecido sus servicios con un «patroncito» adulón, responde afirmativamente: «Ya». Y en seguida, tras de guardarse la revista entre las ro-

pas, desarrima su bote nuevo hasta el punto de no tener nombre.

Nos ubicamos en la popa y partimos. Por la distancia recorrida a pie hasta la playa calculamos llegar al hotel en pocos minutos.

Pero nuestro joven botero nos dice, sin sombra de servilismo hipócrita en la voz, que no llegaremos antes de media hora. Hay que dar toda la vuelta a la península y vamos contra la corriente. Mientras el muchacho rema con decisión, apoyando el cuerpo en el pie derecho, cuyo dedo gordo se le ha vuelto miguelangelesco con el ejercicio, conversamos.

Resulta llamarse Soriano de nombre y ser del vecino pueblo de Freire. Aunque apenas alcanza la mayoría de edad es ya un hombre hecho y derecho. Más bien bajo y robusto, de hombros anchos y cabeza erguida. Un chileno típico de sangre araucana, seguramente. Su rostro bronceado, de nariz aguileña, fuerte mentón y boca excesiva dice de una juventud un poquito precoz.

En un español correcto, que hasta llama la atención por uno que otro término casi pulcro, Soriano nos cuenta su vida. Ha trabajado desde chiquillo en los más diversos oficios, desde peón de fábrica hasta recibidor de maderas. En cierta ocasión en que andaba desocupado, —porque también tenía sus tiempos malos— alguien le ofreció una plaza de carabinero en su pueblo; pero él no la aceptó porque la vida del carabinero es muy estéril...

Su orgullo finca justamente en ser un hombre fiel a su clase. Cuando estaba en el servicio militar—nos cuenta—un oficial del ejército me amenazó con meterme una bala porque andaba siempre con los obreros; pero yo no dejé de hacerlo por eso y él no cumplió su amenaza.

—He aquí un insospechado hijo del pueblo—le digo por lo bajo a mi mujer, que tras de nuestro encuentro con el carretero parecido a Tolstoi, parece dispuesta a hallar tipos novelescos en Pucón. Soriano lo es, en efecto, y mucho más de lo que nosotros mismos nos imaginamos.

A una pregunta nuestra sobre los pobladores indígenas del lugar, nos informa que casi no quedan mapuches en Pucón; los pocos que hay están muy españolizados.

Para que lo comprobemos, nos ofrece llevarnos al día siguiente al boliche de Colipe, un hijo de cacique, que viste como nosotros. Sin embargo, a otra pregunta: ¿Por qué el lago está tan agitado? (ciertamente el bote se mueve mucho) Soriano responde convencidísimo: «Pues porque el agua está celosa de los rosados».

Hay, sin duda, entre estos fenómenos una relación profunda, aunque de otro orden. De cualquier modo, su inocente panteísmo indígena nos gana el corazón. Callamos como para sentirnos más cerca de la noche y del lago, que parece respirar a través de los remos del muchacho.

Hemos charlado con Soriano de igual a igual desde que subimos al bote. En ello está seguramente el secreto

de la simpatía que brilla a ratos en sus ojos, lo único que alcanzamos ya a distinguir de él, fuera del movimiento isócrono de sus brazos.

Vamos doblando la península y es noche cerrada. Pero, a favor de las olas, estaremos en pocos minutos en el desembarcadero de nuestro hotel.

En efecto, pronto distinguimos la silueta sombría de un álamo solitario que hay en la casa contigua, y que por estar frente a la ventana de nuestro cuarto llamamos nuestro álamo.

Menos preocupado de los remos, Soriano nos cuenta ahora cómo aquella misma tarde vió ahogarse del otro lado del lago a un pintor del hotel en construcción, mientras se bañaba después del almuerzo. Algo habíamos oído, de paso, en una esquina del pueblo a propósito de un «hombrecito» ahogado; pero sin sospechar que se trataba de una desgracia tan reciente. Tres o cuatro boteros acudieron, según Soriano, a los gritos del infeliz, pero no lograron arrebatárselo vivo al lago. Cuando lo trajeron a la playa estaba terriblemente hinchado y no tenía ya salvación. Soriano lo vió muerto, pero no le tomó por eso miedo al agua. Ahora mismo estaba decidido a volverse para dejar su bote, porque al otro día tenía que salir muy temprano a pescar.

Impresionados por el accidente, tratamos de disuadirlo de su inmediato regreso. Nos resiste al principio; pero ya en el desembarcadero, ante nuestra insistencia deja, al fin, el bote amarrado para hacerlo llevar a la madrugada en carreta. Nos hacemos cargo del gasto y

recompensamos con largueza el esfuerzo de sus puños y su intrepidez. El muchacho se despide visiblemente satisfecho, después de asegurarse de que vamos a salir con él otra vez al día siguiente. Sentimos deseos de invitarlo a nuestra mesa; pero nos detiene el temor de confundirlo.

El pobre anda descalzo y bajo su blusa rotosa lleva una camiseta menos pulcra que su parla. Dejamos, pues, que se aleje con su revista en la noche.

## II

Cuando volvemos a encontrar a Soriano en la playa, el sol está demasiado alto ya para ir en su bote hasta el boliche de Colipe.

—Mejor será por la tarde—le decimos, de entrada.

Ahora vamos a bañarnos en el lago; pero a pesar del empeño del muchacho, resulta imposible conseguir un traje de baño en la playa y mi mujer sólo ha traído el de ella. Para no volverme al hotel no me queda otra salida que bañarme desnudo. Se lo digo a Soriano y nos aleja en su bote hasta la punta de la playa. Luego, mientras nos desvestimos, él se retira discretamente a leer su revista detrás de unos árboles que hay cerca.

No lo hacemos esperar mucho porque al rato yo me improviso un taparrabo con una prenda cualquiera y lo llamamos a celebrar la humorada con nosotros. Mi ta-

parrabo, una vez mojado, es realmente irreprochable y podemos volvernos con él al lugar más concurrido de la playa. Preferimos quedarnos, no obstante, descansando en la arena. El bueno de Soriano, al sentir otra vez nuestra familiaridad, nos continúa sus confidencias de la vispera.

Años atrás fué a la escuela nocturna de Freire durante siete meses.

Tuvo que dejarla porque la maestra no tenía más que un solo libro y él ya se lo sabía de memoria. Con todo, aprendió algo de gramática. Más tarde quiso perfeccionarse en una escuela por correspondencia de Buenos Aires. Recordaba haber escrito a la calle Rivadavia, la más grande del mundo, sin que le contestarían, porque no había acompañado ningún dinero.

Ahora, en los meses de invierno se dedicaba a ser actor de teatro en una compañía de Temuco (de ahí, sin duda, su preocupación lingüística, su gusto por la lectura) y durante la temporada de verano hacía de botero y pescador.

—En Pucón hay un alemán que me compra todos los salmones que le llevo, para venderlos después ahumados. Paga poco pero como los recibe siempre y en cualquier cantidad, esto me asegura una ganancia fija.

Además, durante la temporada anterior—agrega Soriano—me ha ido bastante bien con el bote, tanto que pienso con los ahorros de este año comprarme el próximo un motorcito en Santiago. Cuando tenga el motorcito—concluye aunando su doble preocupación—



voy a ponerme a estudiar el inglés, porque a Pucón vienen muchos norteamericanos, y para atraerlos, hay que conocer su lengua.

Le aconsejamos que se ponga a estudiar desde ya, porque el aprendizaje de un idioma requiere tiempo, pero Soriano se conforma, entretanto, con ponerle un nombre gringo a su bote y nos consulta uno eficaz al respecto.

Pensando tal vez más en la sorpresa de Mariano Latorre—huésped frecuente de Pucón, cuyo retrato más bigotudo cuelga en el comedor de nuestro hotel—que en los problemáticos turistas de Soriano, le propongo el nombre del escritor angloargentino Guillermo Enrique Hudson y para mayor efecto, se lo escribo en su revista con las iniciales correspondientes a su apelativo en inglés.

W. H. Hudson.

El nombre le suena seguramente a marca de automóvil, pero las iniciales lo intrigan y nos pide que le digamos quién es este Hudson.

Mi mujer le dice cuanto puede ser él capaz de repetir sobre el autor de *Idle days in Patagonia* (que no hay que traducir como el otro, por días idílicos, sino días de ocio en la Patagonia). Por mi parte, le prometo mandarle desde Buenos Aires un ejemplar de «El Ombú». Soriano parece encantado con el nombre fluvial de Hudson y quisiera verlo pintado en seguida sobre los flancos de su bote en grandes letras rojas de imprenta. Se lo prometemos. Pero es me-

dio día ya y en el hotel en construcción donde el muchacho puede procurarse un poco de pintura, los obreros están almorzando. Nosotros tenemos que hacer lo mismo, así que lo dejamos todo para la tarde. Entonces vamos a detenernos también en el boliche de Colipe para celebrar el bautizo, antes de seguir para La Rinconada.

Desgraciadamente, después del almuerzo no podemos volver a la playa porque se descuelga una tremenda lluvia que no cesa en varias horas. Sólo al atardecer el aguacero parece amainar y aprovechamos la primera tregua para salir del hotel. Pero en la puerta de calle nos detiene una inesperada manifestación. Es el cortejo fúnebre del obrero ahogado la tarde anterior.

Más de cien hombres con las cabezas descubiertas y flores en las manos desfilan en dirección al cementerio tras del féretro que llevan a pulso entre cuatro.

La muda elocuencia de la masa pospone nuestra fiesta a su dolor y al descubrir a Soriano entre el gentío, no resistimos a la tentación de sumarnos al desfile.

En la puerta del cementerio un hombrecito cuenta el número de los que entran ¿Vanidad sentimental?

Cuando se acaban de depositar las ofrendas empiezan los discursos.

Habla primero en nombre de los pintores del segundo piso, al que pertenecía el extinto, un hombre gordo, de voz potente. Declama una serie lamentable de lugares comunes sobre el muerto, cuyo nombre tienen que soplarle porque no lo sabe con precisión. El

que lo sigue en la cháchara mortuoria—un mozo menos robusto y más bajo de estatura—tampoco logra pronunciar acertadamente el nombre de su compañero muerto. Lo llama Juan Nicodemes en vez de José Nicomedes, provocando como el anterior, una serie de murmullos y rectificaciones entre los que lo escuchan alrededor de la tumba. Pero ninguno de los dos ignora lo del «lago hermoso, aunque traidor» y otras galas retóricas por el estilo sobre el laurel y la gloria.

Abandonamos el cementerio, desolados, mientras un tercer obrero, que ya no queremos ver siquiera, repite esa abominable literatura de sus superiores.

Soriano nos sigue en silencio. Parece comprender nuestro disgusto de la ceremonia. Sin embargo, solo consigue explicárselo cuando por el camino lleno de letreros prohibitivos, le hablo de los millones de hombres condenados a no poseer un poquito de tierra hasta después de muerto, a no alcanzar ni siquiera entonces la expresión de sus verdaderos sentimientos; porque sus amigos y compañeros solo han aprendido a repetir, de buena fe, palabras vacías.

Poco a poco, le voy diciendo a Soriano el discurso que no me animé a pronunciar ante sus camaradas.

A todo esto, se ha hecho demasiado tarde para ir a la playa y tenemos que aplazar otra vez nuestra promesa literaria. . .

### III

A la mañana siguiente, pintamos al fin, con improvisados pinceles de trapo, el nombre de Hudson al bote de Soriano.

Durante toda una hora, de rodillas en la arena y en traje de baño, repasamos de rojo las letras trazadas primero, en ambos flancos, con lápiz.

Soriano no se queda ocioso a nuestro lado. Con un pañuelo se dedica a contener los goterones de pintura, obligándonos a aumentar con cada mancha el tamaño de las letras que, por último, acaban por adquirir las proporciones correspondientes no a un simple bote, sino a toda una barcaza.

Cerca del mediodía damos por terminada nuestra obra entre la curiosidad de algunas gentes que ya están volviendo de la playa.

En seguida nos metemos en el lago para refrescarnos, dejando mientras tanto el bote al sol. Una vez secas las letras y nosotros vestidos, nos vamos en el «Hudson» al boliche de Colipe para celebrar en forma el bautizo.

Son apenas las doce y media; tenemos, pues, tiempo de sobra para cubrir íntegramente nuestro programa.

Empezamos por retratarnos los cuatro con el único fotógrafo de la playa. Soriano está contentísimo con los padrinos que le han salido a su bote. El lago parece

adormecido, casi sin olas. Atravesamos con suma facilidad las seis barras del río Trancura, sumergiendo infantilmente los dedos para probar la diferencia de temperatura de sus aguas.

En el boliche de Colipe, situado en la falda de un cerro al que se llega cruzando un ancho estero, almorzamos servidos por el dueño de casa y su mujer.

Entre brindis y brindis por el bote, por nosotros y por los perros y gallinas que comparten nuestras sobras bajo el parrón, se nos va una hora. Otra, o poco menos, la pasamos con el hijo del cacique en su cuarto lleno de choapiños, conversando de la tierra y de los indígenas que la cultivan en los cerros más lejanos.

Después bajamos con una buena provisión de frutas para seguir en el «Hudson» hasta La Rinconada.

El cielo, ligeramente sombrío, oculta un sol pálido que ayuda a soportar el calor de la siesta.

Nos internamos en «La Poza» por un largo brazo que bordea la serranía en una variada sucesión de rincones agrestes, todos llenos de pájaros.

La roca viva muestra a grandes trechos la huella de las crecientes en una barra obscura que alcanza medio metro del nivel actual.

En los lugares donde la vegetación lo cubre todo, las caídas de agua son frecuentes y algunas tan a la mano que vale la pena detenerse a beber de ellas. Lo hacemos repetidas veces antes de arribar a la parte llana que resulta la más pintoresca, porque en sus orillas

de remanso los árboles se entrecruzan en lo alto, dejando ver apenas el cielo.

Bajamos a tierra para darle un rato de descanso a los brazos de Soriano y estirar, nosotros, un poco las piernas.

En busca de sombra, recorremos un bosquecillo ralo que mira hacia la cordillera. De pronto, Soriano, satisfecho, al parecer, de la jornada, nos pregunta si vamos a celebrar también con él su próximo bote a motor.

—Depende del lugar donde nos encontremos entonces y del nombre que Ud. le ponga a su bote.

—Llámelo Lenin, le propone mi mujer, que se ha detenido a contemplar al coloso de perfil.

—O mejor. Lenin, le corrijo yo, por broma, y no muy seguro de que Soriano me entienda.

Pero el muchacho se sonríe inteligentemente y dice con sorna:

—No; Lenin, no, porque me llevarían gratis a Santiago. . .

Y en seguida nos hace un resumen de sus ilusiones democráticas.

Con el paseo se nos despierta el apetito a todos y no tardamos en volver al bote. A la sombra de un canelo, el árbol sagrado de los indígenas, nos comemos la fruta antes de emprender el regreso.

Nos quedan solamente dos horas de luz: el tiempo necesario para llegar al punto de partida.

Hasta el boliche de Colipe vamos sin novedad, los

ojos fijos en la extraña vegetación acuática, pero ya en el estero, el bote no puede pasar por la abundancia de los juncos y la escasez del agua. Soriano tiene que bajarse y arrastrarlo un trecho de la proa.

Cuando vuelve a retomar los remos nos advierte que ha cambiado el viento.

Atentos todavía a la variedad de abajo, no le hacemos caso y sólo al entrar al lago nos damos cuenta del significado de su advertencia.

Por lo pronto, el bote empieza a balancearse de lo lindo y nosotros a sentir fresco.

En las proximidades del Trancura las aguas encontradas oponen una fuerte resistencia al avance del «Hudson», pero Soriano adentrándolo un poco en el lago, consigue vencer a punta de remo, una tras otra, las tres barras del río. Y mientras vamos al encuentro de la cuarta, el hombre se da el lujo de contarnos cómo en una ocasión semejante le ganó una carrera a cierto alemán que venía con dos mujeres en un bote delante de él

—Eran unas damas de Santiago que después no querían salir sino conmigo. Antes de irse, me ofrecieron conseguirme en Santiago un empleo de portero, librero o actor; el que yo eligiera; pero yo no les acepté.

Durante este disimulado descanso de Soriano el bote, abandonado casi al vaivén de las olas, significa una jactancia más temible que la de su dueño.

Por la presión de la mano de mi mujer, comprendo

que no ha dejado de sentir miedo, a pesar de la recordada «performance» de Soriano y de mi fingida indiferencia ante el peligro que aun corremos. Así que, al divisar en la boca del Trancura unos cuantos botes de pescadores, le indico a Soriano que nos internemos para ganar luego la playa a pie. Pero el muchacho no se resigna a salir del lago y en un supremo esfuerzo consigue cruzar la cuarta barra, que por ser la más brava, es llamada la barra negra.

A través de la mirada fija con que nos sigue uno de los boteros desde la orilla del río, alcanzo a medir toda la imprudencia de Soriano; pero callo a fin de no asustar más a mi mujer.

Inútil precaución, porque el embate de las olas aumenta con el viento y al primer golpe de agua que nos empapa por completo, ella exige que nos dirijamos a la costa. El muchacho la mira desconcertado y puedo leer en sus ojos la decisión de no dar su brazo a torcer a la vista de los otros boteros. No le digo, pues, nada hasta que los dejamos un poco atrás. Entonces trato de convencerlo de que su desafío a las barras, corrientes y remolinos estaría muy bien si se tratase de ganarle a otro alemán. El argumento le resulta irrefutable y accede al fin, no sin antes preguntarme, inesperadamente, qué quiere decir la palabra zozobrar.

Apenas tarda unos segundos en averiguarlo: el tiempo justo que con el envión del agua ponemos en arribar a la playa.

Un pedazo de paleta que encontramos en el mismo



momento de ganar la costa nos ahorra toda explicación. Y aunque Soriano no quiere reconocer que nuestra aventura pudo tener fin en una acción equivalente a su oportuno término, desembarca, sin embargo, con nosotros, esconde por si acaso, los remos en la arena y asegura al mismo «Hudson» en tierra firme.